do su emocion, fingiendo tranquilidad, sonrie, pero la traiciona el llanto que baña sus mejillas.... De nuevo el parche cruel interrumpe estas escenas: marcha la Guardia, y entónces las familias, en el colmo del tormento, sin ver nada, sin atender á nada, en tropel, corren por las calles al lado de la tropa; y los nombres de madre, hermano, amigo, las bendiciones y las súplicas se confunden con el sordo ruido de los pasos y el sonido monótono de las bandas militares.

¿Por qué tan repentinamente ha cambiado el aspecto de México? ¿Por qué espera la ciudad hermosa, como en la tribulacion, los dias que van á transcurrir? ¿Por qué se hace sensible un pensamiento sombrío que hiela de oculto espanto los corazones?

México queda silenciosa como una gran casa murtuoria. Las desgraciadas familias que han contribuido con todos los tesoros de su corazon al gran sacrificio de la patria, vuelven á bañar con sus lágrimas las hilas y los vendages con que contribuian para los hospitales de sangre, pensando dolorosamento en un padre, en un esposo, en un amante!!

La brigada del Sr. Anaya se situó en Churubusco. El siguiente dia, esto es, el 19, se mandó á los batallones Victoria é Hidalgo que avanzasen á San Antonio, como punto, segun el general en gefe, mas próximamente amenazado.

CAPITULO XVI.

EL EJERCITO DEL NORTE.

Su marcha á México—su permanencia en Guadalupe Hidalgo—su tránsito para San Angel.

Sabido es que despues de nuestra famosa, aunque lamentable retirada de la Angostura, nuestro ejército se dividió en dos secciones, de las cuales una se dirigió á Cerro-Gordo, y la otra permaneció en San Luis Potosí á las órdenes del general Mora y Villamil, quien pocos meses despues, en Junio de 1847, entregó el mando al general de division D. Gabriel Valencia.

Los acontecimientos desgraciados de Cerro-Gordo, y la plena confianza que se tenia de que el general Taylor estaba imposibilitado para proseguir su marcha al interior de nuestra República, decidieron al gobierno á ordenar que el resto de la division del Norte marchase á la capital de México, que iba á ser próximamente invadida por las tropas americanas del mando del general Scott, posesionadas ya de la hermosa ciudad de Puebla.

En los dias 9, 10 y 11 de Julio, aquel sufrido ejército, que entónces constaba de poco mas de cuatro mil hombres, salió de la ciudad de San Luis, á donde si bien habia descansado de las penosas fatigas

de la guerra, no estaba del todo repuesto, pues se encontraban todavía algunos de sus veteranos consumidos y macilentos, y casi todos desnudos; restos infortunados de las aciagas jornadas de Palo-Alto, la Resaca y Monterey, y de la no poco sangrienta de la Angostura: aquellos estóicos soldados estaban ya habituados á los padecimientos, y enseñados á despreciar los peligros.

La marcha á la capital de la República fué violenta, y causó un positivo alborozo en el ejército, pues la mayor parte de los individuos que lo formaban, tenian allí sus penates, como habrian dicho los guerreros de la antigua Grecia.

Antes de pasar adelante, veamos el órden en que marchaba el ejército.

La primera division, denominada de vanguardia, á las órdenes del general Mejia, se formaba de los regimientos de infantería, Fijo de México y activo de San Luis Potosí, y de caballería 7.° y San Luis Potosí.

La segunda division, ó del centro, á las órdenes del general Parrodi, se componia del 10.° y 12.° de infantería; activos, Guarda-costa de Tampico, Querétaro, Celaya y Guanajuato, y auxiliares de Celaya.

La tercera division, ó de reserva, á las órdenes del general Salas, quien no obstante de ser el segundo en gefe de aquel ejército, habia pedido mandarla: se componia del regimiento de tropas de Ingenieros, batallon mixto de Santa-Anna y activo de Aguascalientes, y de los regimientos de caballería 2.°, 3°, 8° y Guanajuato, y siete piezas ligeras de artillería.

Debe advertirse que esta última arma, en su mayor parte, no salió de San Luis sino algunos dias despues que lo demas del ejército, en razon á la falta de los tiros de mulas indispensables para verificar una marcha de mas de cien leguas; pero todo el ejército se reunió en Cuautitlan, para entrar á la ciudad de Guadalupe Hidalgo, lo cual se verificó el dia 26 del mes citado.

A la sazon se habia difundido la nueva de que las tropas americanas habian salido ya de Puebla sobre México, lo que las nuestras veian con positivo placer, pues querian en el ardor de su entusiasmo dar una muestra de su valor, y vengar en la hermosa capital de la República la sangre derramada en defensa de ésta en los campos del

Norte; pero ¡tremenda fatalidad! este entusiasmo, este ejército, debian encontrar su fin en las escabrosas lomas de Contreras! . . . . . .

La noticia de aquella invasion á la capital no se confirmó entónces, y los veteranos acampados en Guadalupe, quedaron manifestando un desaliento semejante al que esperimenta un ardoroso jóven al ver frustradas sus esperanzas de gloria y ventura.

El dia 27, el general en gefe, acompañado de algunos de sus ayudantes de campo, pasó al Palacio nacional de México, donde el presidente de la República lo recibió con cordialidad: hablaron del peligro en que se encontraba la patria, y de que era necesario salvarla á toda costa. Valencia espuso el estado de desnudez del ejército, y se determinó desde luego que se le remitiese el vestuario que necesitase, para que la tropa se presentara al ménos vestida, ya que no podia ser en un todo uniformada; de manera que el gobierno mostraba así la mayor deferencia para atender en lo posible á aquel ejército, digno ciertamente de las mayores consideraciones.

No obstante, al tratarse de las operaciones de campaña, existia una notable diferencia entre el presidente y el general en gefe. ¡Funesto preludio de los aciagos acontecimientos posteriores!

El general Santa-Anna apoyándose, segun decia, en las lecciones de la esperiencia, opinaba porque la guerra solo fuese defensiva, para lo que queria que se hiciesen los competentes atrincheramientos en las inmediaciones del Norte de la capital, que era entónces la parte mas débil. El general Valencia, fiado en el valor y decision de sus soldados, y alegando que estaban suficientemente aguerridos, opinaba con su impetuosidad característica, que debia esperarse al enemigo en el tránsito de Puebla á México, y dar una batalla campal, la que cambiaria favorablemente la cuestion. Tan divergente modo de pensar ocasionó algunas conferencias entre dichos gefes, las que entónces dieron por resultado, que Valencia se sujetase á las opiniones del gobierno.

En consecuencia, mandó se fortificase Zacualco, lugar poco distante de Guadalupe, y el cerro de Guerrero, de las inmediaciones de esta ciudad: precedieron varios reconocimientos, en especial por los caminos de Texcoco y San Cristóbal, y cerro llamado del Chiquihuite, los cuales, unidos á los que ya se habian practicado sobre Zumpango,

Tepozotlan y accesorios, daban conocimiento de aquel terreno, para desarrollar con buen éxito un plan de operaciones, dado el caso de que los enemigos se dirigiesen á la capital, como entónces se temia, por el camino conocido con el nombre de Piedras-negras. Entre tanto, tomó cuarteles el ejército en la repetida ciudad de Guadalupe Hidalgo, donde permaneció ocupándose constantemente en ejercicios y fatigas militares.

Llegó el 8 de Agosto, dia designado para que el presidente de la República pasase una revista á aquellas tropas. Veíanse éstas formadas en órden de parada, á los soldados todos sencilla, mejor dicho, pobremente ataviados; pero su continente marcial, su disciplina, su destreza en el manejo de las armas y sus rostros tostados, revelaban desde luego que eran los mas viejos y aguerridos defensores de la patria.

El general Valencia, acompañado de su estado mayor, se dirigió á la calzada de Peralvillo, donde se recibió al gefe supremo de la nacion, quien se presentó con una brillante comitiva, cuyo lujo y esplendor formaban un estraño contraste con la modestia de los veteranos del Norte.

Cantóse en la colegiata de Nuestra Señora de Guadalupe una solemne Misa; despues ámbos generales recorrieron la línea: las bandas militares y las salvas de artillería resonaban por los aires, y la alegría y el entusiasmo se veian pintados en aquellos momentos en todos los semblantes. El general Santa-Anna hizo leer al ejército una proclama, en que escitaba mas y mas su entusiasmo, pues les hablaba en estos términos, á la verdad no poco lisonjeros:

"¡¡¡Amigos y compañeros de armas!!! Grande es la complacencia „que siente mi pecho al ver otra vez á los valientes de la Angostura. „Tenaces los enemigos en sostener la mas vil de todas las agresiones, „amenazan á la bella capital de la República, y volvemos á unirnos „para defenderla, para salvarla, y para terminar con gloria esta con„tienda. Advierto en vuestros semblantes el mismo noble orgullo „con que os presentásteis en aquella memorable jornada, y noto tam„bien, que conservais la severa disciplina que habeis adquirido en „vuestra larga escuela de la frontera del Norte, donde vuestras proe„zas y vuestros nombres jamas podrán olvidarse.

"Soldados! Aquí, como allá, escarmentareis al atrevido invasor, y „si los decretos de la Providencia nos fueren al fin propicios, comple„tarémos un triunfo que dará vida á la patria, que la mantendrá en el „alto rango que merece, y será la admiracion del mundo. El dia del „gran combate se acerca: os conducirán á la refriega y á la victoria „el digno y bizarro general Valencia y los mismos valientes gefes que „en el Norte os mostraron el camino del honor entre riesgos y fa„tigas. En cambio de vuestros sacrificios, os espera un nombre que „no morirá, los aplausos y bendiciones de vuestros compatriotas, y la „gratitud eterna de vuestro antiguo general."

Las voces en loor de los generales Santa-Anna y Valencia se levantaron con estrépito; era indescriptible el júbilo que á todos animaba; era grato ver la armonía que en aquellos momentos parecia reinar entre ámbos caudillos. ¡Dios Santo! ¿Por qué permitiste que mas tarde la tea de la discordia se encendiese entre estos dos hombres, de quienes dependia la salvacion de la patria? ¿Por qué sentimientos de envidia y ambicion los arrastraron á anteponer ruines pasiones á los sacrosantos derechos nacionales?

El presidente regresó á la capital, dejando en el ejército y sus gefes las mas placenteras esperanzas.

En la noche de aquel mismo dia el general Valencia recibió un correo de Puebla. Avisábanle sus agentes secretos, que el enemigo emprendia su marcha sobre la capital: mas tarde se confirmó esta noticia con el llamamiento que el presidente hizo al general en gefe, quien pasó á México en la mañana del 9. En la conferencia de este dia, así como en comunicaciones posteriores, se resolvió que el ejército del Norte marchase á la ciudad de Texcoco, al N. E. de México, donde deberia tomar cuarteles, y amagar el flanco derecho y retaguardia del enemigo, siempre que atacase el punto del Peñon, previniéndose que obrara en combinacion con Valencia el general Alvarez, que con una gruesa division de caballería estaba encargado de hostilizar al enemigo en su marcha. El ejército del Norte, en caso de ser atacado directamente en su posicion de Texcoco, se replegaria á sus atrincheramientos de Guadalupe, puesto que no debia empeñarse una funcion de armas que pudiera sernos desventajosa.

No entra en el plan de este artículo el manifestar todos los porme-

nores de la defensa de la capital: lo espuesto basta para dar á conocer cuál era en esta vez la mision del ejército de que tratamos.

A la madrugada del dia 10 se emprendió la marcha para Texcoco: el ejército conservaba la misma organizacion que ántes tenia: distribuyéronse las veintidos piezas de que constaba su artillería de la manera siguiente: cuatro obuses y tres piezas de á doce, á la division de vanguardia: dos obuses y seis piezas de á ocho á la del centro; y siete piezas ligeras á la de reserva. A pesar de la vigorosa disciplina de este ejército, por varias causas habian ocurrido algunas bajas en sus filas, de manera que su monto tatal era entónces el de tres mil setecientos hombres de todas armas, divididos del modo siguiente. Primera division, setecientos infantes y cuatrocientos caballos; segunda, mil cien infantes; tercera, ochocientos infantes y seiscientos caballos. Todas ellas estaban dotadas de los artilleros necesarios, y bien provistas de trenes y municiones.

Consecuente con el plan de operaciones combinado, el general Valencia dispuso que el general D. Miguel Blanco y los oficiales de ingenieros prosiguiesen en Zacoalco las obras de fortificacion, que debian quedar concluidas á la mayor brevedad.

En el espresado dia 10 el ejército pernoctó en Tepespa y en la Hacienda Grande. El 11 á las doce del dia llegó la caballería á Texcoco, donde tomó cuarteles. La infantería permaneció en las Haciendas Chica y Grande, hasta la mañana del 12, que llegó toda á dicha ciudad. Nombróse una gran guardia de caballería, que, situada en la hacienda de Chapingo, vigilase las avenidas del camino de Puebla: prevínose ademas, en la órden de este dia, que los cuerpos estuviesen constantemente dispuestos para marchar, por lo cual permanecian en sus cuarteles; las mulas estaban atalajadas, y la caballada de los cuerpos en sus respectivos macheros. Todo era movilidad en este ejército.

La seccion de plana mayor hizo los reconocimientos necesarios hasta el cerro de Chimalhuacan, y desde allí al pié de la montaña hasta el molino de Flores, posesion pintoresca de aquellos lugares. El general en gefe hacia que se cubriesen todas las avenidas de los caminos de la carretera de Puebla al cuartel general, de modo que el ejército vigilante y prevenido, solo esperaba que los americanos tomasen la

iniciativa, atacando el Peñon, para caer sobre su flanco derecho y retaguardia.

El 13 llegó á las inmediaciones de Texcoco el general Alvarez con la caballería de su mando: tuvo con el general en gefe una entrevista la mañana del 14; y cuando ámbos practicaban un reconocimiento, se percibieron unas detonaciones como de fuego de cañon por el rumbo de Ixtapalapa. Creyóse entónces que el enemigo emprendia su ataque sobre el Peñon; el general Valencia toma violentamente sus disposiciones, y como por medio de un golpe eléctrico, el ejército se pone en marcha. Parecia llegado el momento solemne de la batalla: la alegría estaba retratada en todos los semblantes: los soldados, llenos de entusiasmo, se disputaban la vanguardia para llegar los primeros al frente del enemigo: aquellos veteranos, que tantas veces habian luchado con él, se reanimaban, y decian con cierta noble altivez: "este es el dia de la victoria."

El regocijo era general: las voces de ¡viva la República! resonaban por toda la ciudad: sus habitantes bendecian al ejército, le admiraban, y parecia que la antigua señora del lago recobraba su pasado esplendor, al ver entre sus edificios y ruinas á mas de tres mil combatientes, decididos á sostener la causa sacrosanta de nuestra independencia y libertad.

El general Valencia, á la cabeza de la caballería, avanzó hasta el cerro de Chimalhuacan, y la infantería y artillería, á cuyo frente se veia al general Salas, solo llegaron á la hacienda de Chapingo, á causa de que un ayudante de campo del general en gefe le comunicó la órden de que no pasase adelante, pues no se verificaba en aquel momento ningun ataque.

Al siguiente dia se supo que el enemigo, sin atacar el punto del Peñon, se dirigió á Chalco para ir despues á Tlalpam.

Quedaba, no obstante, en Ayotla alguna fuerza á las órdenes del general Twiggs, en vista de lo cuál se dió órden al general Alvarez para que con la caballería de su mando se situase en las inmediaciones de dicho punto, para hostilizar aquellas fuerzas, cuando marchasen á unirse con el grueso del ejército invasor. Verificóse así despues de las doce del dia 15; y al amanecer del 16, el espresado general Alvarez estaba sobre la retaguardia del enemigo, quien disparó algunos cañonazos, que no produjeron ningunos resultados.

Entre tanto, el ejército del Norte cambiaba tambien de posicion: dispúsose para esto, que toda su caballería, á las órdenes del general Torrejon, avanzase hasta Ayotla para llamar la atencion del enemigo, miéntras la infantería y artillería volvian á sus primeras posiciones en Guadalupe.

Eran las doce del dia cuando el ejército se puso en marcha: nadie sabia con certeza á dónde se dirigia, ni cuál era el punto que se iba á ocupar.

A las cuatro de la tarde, al desfilar por enfrente del pueblecillo de Tepespa, el cielo comenzó á entoldarse; gruesos nubarrones subieron al horizonte, y el agua se desplomó á torrentes: el camino se puso intransitable: los carros y las piezas de artillería se sumergian en el fango, y á cada paso era preciso sacarlas, no sin grandes esfuerzos de los soldados: así, la infantería y la artillería no llegaron á la ciudad de Guadalupe Hidalgo sino á las tres de la mañana; y una hora despues lo verificó lo caballería, que se habia retirado de las inmediaciones de Ayotla.

A las cinco de la mañana del dia 17 el ejército emprendió de nuevo su marcha, y sin interrumpirla ni un solo instante, atravesó sin murmurar las calles de la hermosa capital de México. ¡Tal vez la mayor parte de aquellos hombres, cuya vida era incierta, tenian allí los objetos mas caros para su corazon! ¡Tal vez se veian privados de decirles el último adios!....

Eran las once de la mañana, cuando los soldados del Norte llegaron con el presentimiento de un glorioso porvenir al pueblo de San Angel.... Los acontecimientos posteriores vamos á referirlos en los capítulos siguientes.

CAPITULO XVII.

BATALLA DE PADIERNA.

Por el rumbo S. O. del fértil pueblo de San Angel, distante de México cosa de tres leguas, hay un camino carretero, amplio y cómodo, que conduce á la fábrica de tejidos de la Magdalena y *pueblo de Contreras*. Al nacer el camino, y á su izquierda, parte la senda que va al pueblecillo de Tizapan, cubierto de árboles frutales, y á sus orillas Mal–Pais: á la derecha, en varias direcciones, hay veredas que llevan á algunas posesiones de campo, entre las que se halla el molino del Olivar, de los carmelitas; y mas al Oeste, esto es, frente al rancho de Anzaldo, se ve por entre un pequeño bosque, blanquear la torre del pueblecito de indios llamado San Gerónimo, rodeado de lomeríos y barrancos desiguales y caprichosos que, dejando á trechos hollos y planos reducidos, van á tocar la falda de los montes del S. O. del camino, que guia por entre malezas y veredas incómodas á la carrera de Cuernavaca.

A poco ménos de una legua de San Angel, está Anzaldo, edificio cuadrado, no muy alto ni estenso, cuya huerta toca la derecha del camino. Ascendiendo éste, se desvia al S. E. una pequeña y empinada loma que los naturales llaman Pelon Cuauhtitla, y forma un punto eminente entre el camino, que subiendo, lleva á la Magdalena, y la vereda que abatiéndose al pié de las lomas, hundiéndose en el pedre-